

Socialismo y « revolución nacional » en el primer peronismo. El Instituto de Estudios Económicos y Sociales

CARLOS MIGUEL HERRERA
Université de Cergy-Pontoise¹

El conjunto de transformaciones que produjo la llegada del peronismo al poder, y quizás con mayor precisión, su institucionalización a finales de los años cuarenta, atravesó también el campo intelectual. Durante mucho tiempo aquel grupo social que adhirió, desde su especificidad, al nuevo movimiento, no sólo fue objeto de burla por parte de sus adversarios; tampoco constituyó una preocupación especial de la historiografía, que prefería enfocar la relación entre intelectuales y peronismo en el marco del análisis de la oposición al régimen. Las personalidades que por entonces aceptaron ocupar las más altas funciones ministeriales en las recién creadas áreas de educación o cultura, como Oscar Ivanissevich, José María Castiñeira de Dios o Armando Méndez San Martín, con todo lo que podían presentar de “novedoso” para los cánones de la cultura argentina de entonces, no agotan tampoco el objeto, como ya algunas investigaciones recientes lo han mostrado.¹ Pero aun cuando se señale la heterogeneidad de los intelectuales peronistas, se considera que fue en las filas del catolicismo y del nacionalismo donde se reclutaron sus mayores referentes.

A decir verdad, las porosas fronteras del ideario peronista pudieron alentar numerosos esfuerzos para codificar –o incluso construir– su corpus doctrinario, más allá de aquellos dos universos.² Podemos identificar, incluso, una figura específica de “organizador cultural”, es decir un “dirigente” que consagra sus esfuerzos a esta tarea, que se declina tanto en la producción doctrinal como en la búsqueda de influencia en las esferas de decisión. Su propio rol lo ubica

Carlos.Herrera@u-cergy.fr

en una esfera intermedia, entre (un pasado de) militancia política y trabajo de publicista, en sentido estricto. “Intelectuales” que, en definitiva, se hallan más cerca de la burocracia estatal, de la redacción del periódico o aun de la peña cultural, que de la academia. Por este intermedio, y desde identidades diversas, se va tejiendo a su vez un conjunto más amplio de redes político-culturales, que entran incluso en concurrencia en la empresa de tematizar el proceso ideológico que encarna el peronismo.³

Entre las variadas empresas político-culturales que generó esa ambición de dotar al peronismo de un sentido propio, nos detendremos aquí en el llamado Instituto de Estudios Económicos y Sociales, que fuera creado a mediados de 1950. Aunque este proyecto no ha despertado hasta ahora mayor atención en la renovada historiografía del peronismo, sería sin duda una evaluación exagerada tomar al pie de la letra el juicio del general Perón cuando, en una entrevista concedida al órgano oficial del Instituto, *Argentina de Hoy*, en octubre de 1951, afirmaba que “con su labor (...), ustedes están realizando un movimiento paralelo al del partido peronista: nosotros adoctrinamos a los que están en nuestras filas, ustedes a los que se encuentran fuera de ellas”.⁴ Pero a través de sus actividades, y, sobre todo, de los análisis desarrollados en el mencionado periódico, podremos hallar un significativo laboratorio de ideas en favor de un proyecto político que pudiera apoyar al gobierno peronista desde un ideario de izquierda, sensible, a su vez, al problema “nacional”.

La vocación por actuar en política ofrece ya un primer nivel para distinguir el proyecto del Instituto de otros emprendimientos intelectuales que ocupan un lugar importante en la construcción de una cultura política peronista, como la segunda época de *Hechos e Ideas*, donde, de hecho, publican algunos de los principales colaboradores de *Argentina de Hoy*.⁵ En ese sentido, su labor no es sólo cultural, sino que busca estructurar, a partir de determinado momento, una experiencia política. Dentro de ese marco, pueden convivir proyectos colectivos (como el de organizar la fuerza política que exprese a esa nueva izquierda) con otros de tipo más personal o meramente oportunistas (influir en el “Príncipe” o simplemente alcanzar posiciones de privilegio dentro del régimen).

Pero conviene subrayar, ante todo, la pretensión del Instituto de apersonarse en un espacio político que se estaba gestando en los márgenes de la experiencia peronista, la intersección entre peronismo e izquierda – aunque se debería hablar, con mayor exactitud, de “socialismo reformista”. Tras la caída de Perón, y enriquecida con otros afluentes, esta nueva identidad política terminará adoptando el nombre de “izquierda nacional”. Pero los libros de autores como Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós o Jorge Abelardo Ramos, que darán visibilidad a la corriente, actaban en realidad un acervo cuyas raíces remontaban a varios años atrás.⁶ Si se dejaban de lado las fuentes originarias

del trotskismo, el resto de los precursores eran legitimados, ante todo a título individual, siendo sin duda el caso más trascendente el del escritor socialista Manuel Ugarte, del que se subrayaban sus aspectos trágicos, “malditos”, para marcar aún más su soledad ante la incompreensión de los partidos de la izquierda “colonial”, “extranjeroizante”.⁷

Había en esta genealogía cierta simplificación histórica, comandada quizás por necesidades políticas. En todo caso, el área de los “precursores” puede ser extendida aún más. Si sus antecedentes pueden remontarse hasta la década del diez, ya en los años treinta encontramos no sólo un conjunto de planteos desarrollándose con gran vigor en el interior de uno de los grandes partidos de la izquierda “tradicional”, sino también una dimensión organizativa muy significativa. Los dos grandes partidos que estructuraban a la izquierda argentina antes de la irrupción del peronismo, el Socialista en particular, parece ser un espacio menos homogéneo que las rústicas versiones que la “izquierda nacional” popularizará en términos de “socialismo cipayo”, al servicio del imperialismo británico, pudiendo aclimatar en su seno visiones “nacionales” de su proyecto. En todo caso, algunas de las ideas que conformaran el acervo de esa corriente ya se podían rastrear con claridad en la experiencia del llamado Socialismo Obrero, el partido fundado en 1937 por un conjunto de militantes expulsados algunos meses antes del PS. El PSO constituiría el primer partido político de izquierda que articulará su programa en torno a la consigna de liberación nacional. Así, en su “Declaración” fundacional, proclamaba que

como organización política de la clase trabajadora organizada, lucha (...) para convertir a la clase obrera en una clase nacional y, en países como el nuestro, sometidos a la penetración del capital financiero, la lucha por elevar al plano nacional a la clase obrera se extiende a la lucha por elevar al mismo plano a los más amplios sectores populares.

De lo que retiraba una prístina consecuencia: “en la República Argentina, la lucha por el socialismo es –al mismo tiempo– una lucha por la Liberación Nacional”. Se trata de “construir una Argentina grande, libre y próspera”.⁸

La experiencia del PS Obrero no sólo constituyó el intento más notorio por estructurar una corriente de socialismo “nacional” antes de 1945; también dejó una herencia importante que el Instituto de Estudios Económicos y Sociales buscará encarnar bajo el peronismo, y su principal impulsor, Juan Unamuno, era uno de los hombres que había formado parte de aquella experiencia.⁹ En la segunda mitad de los años cuarenta, Unamuno evolucionaba en la órbita del peronismo, aunque sin incorporarse orgánicamente a sus filas.

Esta cercanía con el gobierno le será reprochada duramente por sus adversarios, en particular socialistas, pero incluso también por sus ocasionales aliados. Sin duda, la fundación del Instituto podía inscribirse en una lógica de propaganda del régimen y, en ese sentido, contaba con el abierto y decidido impulso del subsecretario de Asuntos Políticos, el teniente coronel Martín Carlos Martínez, que se muestra cercano al grupo. Pero el hecho de reunir un conjunto de hombres que provenían de los principales partidos de la izquierda argentina, el socialismo y el comunismo, le dará a su discurso una especificidad que puede ser subrayada.

Construyendo una empresa cultural

El Instituto de Estudios Económicos y Sociales será presidido a lo largo de toda su existencia por Juan Unamuno, que había sido un dirigente político intermedio del socialismo porteño en los años treinta. Sus dos vicepresidentes sucesivos surgían también de las filas del viejo PS: Carlos María Bravo, quien tendrá un rol central más tarde en el PSRN, y Toribio Rodríguez, que conducía por entonces la importante Asociación Argentina de Empresarios del Transporte Automotor. Son igualmente antiguos militantes socialistas su secretario general, Andrés Alfonso Bravo; Alfredo López, su primer secretario de actas; su secretario de propaganda, Pedro J. Juliá; el tesorero Buenaventura García, y otros miembros de la Comisión directiva, entre los que descuellan el antiguo diputado Joaquín Coca¹⁰ y el periodista, también socialista, Alfredo Muzzopappa.¹¹

El otro componente, menos importante numéricamente pero muy activo en los primeros tiempos del Instituto, proviene del comunismo, la mayoría (aunque no exclusivamente) por intermedio del llamado “Movimiento Obrero Comunista”, en el que destacan Rodolfo Puiggrós, que ocupará durante algunos meses la Secretaría de Cultura del Instituto; Eduardo Astesano, organizador de su filial en Rosario; y Vera G. de Pichel, quien permanecerá en él aun después de la salida, a mediados de 1952, de los antiguos militantes comunistas, convirtiéndose incluso en su vicepresidenta segunda.¹²

El núcleo dirigente del Instituto, como se puede ver, estaba formado por antiguos militantes del PS, y más exactamente de aquella ala izquierda que se había desarrollado en sus filas durante los años treinta, lo que facilitará la homogeneidad de su línea política y la estabilidad de su acción. Incluso algunos miembros que llegaban al Instituto después de haber militado en el comunismo, como Faustino Jorge, habían tenido también un paso por ese sector del viejo socialismo.¹³ Hacia 1945, sólo Coca, acompañado por su hijo Enrique (que había sido un destacado dirigente de las juventudes socialistas), aparece públicamente en los grupos del incipiente peronismo, seguido luego por Unamuno. Quizás por

ello, en el primer aniversario de la creación del Instituto Unamuno puntualizará que “tenemos que confesar (...) que la mayor parte de los hombres que están en las filas del Instituto en un primer momento no comprendieron el empuje del movimiento triunfante, ni tampoco la bandera de la revolución nacional”.

Independientemente de sus concepciones políticas dentro de la izquierda argentina, el perfil social de los hombres del Instituto, al menos de sus principales figuras públicas, parece ser muy similar: de origen inmigrante o popular, son profesionales de poco calado o autodidactas que viven de su pluma como periodistas o publicistas, porteños o afincados en Buenos Aires, y participantes de su bohemia.

El Instituto se daba una forma bastante laxa de organización. Aunque buscaba estructurarse a través de filiales en todo el país, parece haber reducido su actividad a la ciudad de Buenos Aires, si bien se declaran sedes en distintas localidades de la provincia de Buenos Aires (San Martín, Pergamino, San Nicolás, Avellaneda-4 de Junio, Morón), en las ciudades de Santa Fe y Rosario y en la región del Noroeste (Tucumán, Jujuy, La Rioja). Su principal actividad será propagandística, en particular a través de la publicación de un periódico, pero también de la organización de ciclos de conferencias en su sede de la calle Carlos Pellegrini, amén de los inevitables banquetes conmemorativos. A esto se sumaba alguna visita, siempre publicitada, al general Perón o a Eva Duarte.

Según sus estatutos, la Comisión Directiva estaba integrada por 15 miembros titulares y 6 suplentes, electos por un mandato de dos años, renovable. Se preveía, además, la reunión de una asamblea general de socios, una vez al año. Aunque contará con el innegable apoyo económico del gobierno –su órgano de prensa se financiará casi exclusivamente por la publicidad oficial–,¹⁴ el estatuto preveía otras formas de financiamiento “que no estén objetivamente contra el progreso y bienestar de los sectores obreros y populares de la Nación”, lo que da una pauta de la orientación “izquierdista” que se buscaba dar al Instituto.

Sus objetivos declarados eran, ante todo, intelectuales: “Llevar a cabo toda clase de estudios y análisis económicos y sociales de los problemas argentinos”. Pero, al mismo tiempo, no se trataba de un mero ateneo, ya que se incluía entre sus fines el alcanzar la “aplicación” de los mismos, lo que implicaba de por sí una forma u otra de colaboración con el Gobierno.

Y la orientación ideológica que se buscaba dar a esos estudios era muy clara: la “reivindicación de la planificación de las fuerzas nacionales para alcanzar la independencia económica”. Entre las comisiones que se formarán en su seno para alcanzar sus objetivos, encontramos un amplio abanico de problemas concretos: “agricultura y ganadería”, “economía y finanzas”, “servicios públicos”, “industrias”, “salarios, precios y niveles de vida”, “comercio exterior”, “relaciones internacionales”, “problemas de población y de inmigración”, es decir

un conjunto de áreas de gobierno que dejan ver en el Instituto la ambición de convertirse en lo que hoy llamaríamos un *think tank*, un “fermentario de ideas constructivas”, en palabras de uno de sus directivos. Frente a estas temáticas, la comisión de “asuntos generales, políticos y sociales” o aquella destinada a estudiar “cuestiones de desarrollo histórico” parecieran pecar de abstracción.

El proyecto teórico-político del Instituto presenta, así, dos niveles bien definidos de intervención intelectual: el primero es de producción técnica, en temas como la electrificación del país, la función del crédito oficial en la solución del problema de la vivienda, la distribución de la renta nacional, el ingreso de divisas y las fluctuaciones de precios, los transportes, la producción frutihortícola, la explotación de los minerales, la industria pesada, la industria petrolera, la planificación asistencial, la cooperación, el intercambio comercial. Este amplio abanico de cuestiones está cimentado por la reivindicación de la planificación económica, que, según Unamuno, “representa una vocación revolucionaria de tendencia evolucionada y progresista, que tiende a establecer principios racionales de la producción y el consumo, destruyendo los viejos regímenes de la libertad de iniciativa y de la propiedad exclusiva y excluyente”.¹⁵ Una tarea que exige, como lo recordaba Puiggrós, “imperativamente, esa organización integral de todas las fuerzas productivas bajo el patrocinio y el control del Estado”.¹⁶ Este “capitalismo de Estado” que, para los hombres del Instituto, se expresaba bajo el peronismo en el proceso de industrialización argentina, es la condición previa para una nueva transformación, socialista, aunque este carácter no se enuncie generalmente de manera explícita. En todo caso, como lo sintetizaba J. Coca en un temprano artículo publicado en los primeros años del gobierno del general Perón, “la revolución económica que implica la industrialización argentina” es para “los socialistas auténticos la condición previa e indispensable de todo posible socialismo”.¹⁷

La mayor parte de estos temas serán abordados a la luz de los objetivos del Segundo Plan Quinquenal, que será apoyado oportunamente a través de un conjunto de artículos en *Argentina de Hoy*.¹⁸ Previamente, en momentos de su discusión, el Instituto había hecho públicas una serie de propuestas, entre las que destacaba, ante todo, la “aplicación máxima, con el ritmo adecuado a las necesidades, de la Reforma Agraria”, ya que se juzgaba que las políticas de nacionalizaciones e industrialización podían verse debilitadas al estar estructuradas sobre un régimen rural anacrónico. También se proponía una mayor nacionalización del comercio exterior, la prohibición de importar artículos suntuarios, etc.

El segundo nivel de intervención, menos explicitado formalmente pero que se revelará a la postre más concreto, es de elaboración ideológica, en la dirección de un socialismo nacional y popular. En ese sentido, y más allá del apoyo al gobierno, el Instituto, o al menos muchos de sus miembros, busca elaborar

un nuevo proyecto para la izquierda argentina que pusiera en el centro de su programa la cuestión de la liberación nacional.

De algún modo, el proyecto ideológico, que implicaba una revalorización del Estado en los procesos económicos y sociales, comanda la reflexión técnica que desarrollará el Instituto en torno a las funciones y los servicios públicos, y que se traduce a su vez por un conjunto de análisis y propuestas de índole práctica. En definitiva, sus objetivos fueron políticos, en la lógica de aportar una visión socializante al interior del gobierno –que J. Unamuno resumirá “por una auténtica política social, por una economía socializada, contra las presiones foráneas”– y, al mismo tiempo, concitar nuevos apoyos al proyecto peronista. Pero mientras que el primer nivel de su intervención se dirige al gobierno y a las élites justicialistas, el segundo tiene como principal destinatario a los hombres de izquierda que podrían identificarse al menos con algunos aspectos del proyecto peronista, como el nacionalismo económico o las medidas en favor de la clase obrera y los sectores populares.

Un ensayo publicado a principios de 1951 por Unamuno y Adolfo Abello, el futuro director de *Argentina de Hoy*, condensa con precisión el fundamento de ese proyecto. Aunque se refiere en verdad a “La tercera posición argentina en la política internacional”, los autores dan al concepto una dimensión ideológico-política que excede el marco de las relaciones internacionales. Para Unamuno y Abello, comandada por su contenido de “justicia social”, la revolución tiene finalidades económicas muy concretas, que llevan a un cambio del ordenamiento. En ellas, el Estado tiene el rol, central, de coordinar las fuerzas del capital y del trabajo. Pero, sobre todo, la transformación se lleva de cara a la estructura agraria del país, en dos direcciones. La primera es, en cierto sentido, interna; se trata de alcanzar una mejor distribución de la propiedad de la tierra, lo que conducirá a “debilitar, ya que no destruir, el poder económico de la clase oligárquica”. La segunda es impulsar la industrialización, con el conjunto de medidas de nacionalización que conlleva.

La doctrina de la tercera posición aparece en este análisis como la consecuencia de la independencia económica que se busca alcanzar, y no se ubica exclusivamente en el orden internacional. En efecto, es en función de la política de poderío industrial que surge el conflicto con el imperialismo norteamericano.¹⁹ Y si la tercera posición nunca había sido verdaderamente equidistante en el discurso de Perón, aquí se invertía el sentido de la asimetría: el principal enemigo seguían siendo los Estados Unidos. Poco después, y con el mismo marcado acento internista, Unamuno verá en la posición tercerista “una síntesis integradora de los contrarios de ayer”. Esta idea de síntesis no sólo es vista de manera dinámica, también da finalmente su fundamento al proyecto del Instituto, ya que dicho momento “genera inevitablemente un nuevo proceso de tesis y an-

títesis que, a su vez, ha de dar paso a una futura síntesis, proceso dialéctico que el espíritu humano conduce y anima en busca del perfeccionamiento social”.²⁰ La primera operación pública del Instituto buscaba, en cierta forma, aunar las dos caras del proyecto. Se trata de la organización del llamado “Congreso de los hombres de buena voluntad” que, en plena campaña reeleccionista, buscaba federar grupos de apoyo al general Perón sin hacer explícito acto de afiliación al Partido Justicialista. El Congreso aparecía como un instrumento para organizar “un movimiento nacional democrático para agrupar a los diversos matices de la opinión”, con el “objetivo de robustecer la unidad de la ciudadanía en torno a la reelección del general Perón”. Esta reelección se leía “como la expresión cabal de la consolidación y la continuidad progresista de la revolución, en sus finalidades confesadas y públicas de construir una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana”. El sentido “progresista” del llamado a la unidad aparece, sobre todo, en el reclamo a favor de la “aplicación consecuente, sin vacilaciones, de la reforma agraria, para liquidar el latifundio, entregando la propiedad de la tierra a quienes la trabajan”.²¹

El Congreso se reúne en los salones de Unione e Benevolenza de Buenos Aires, entre los días 19 y 21 de octubre de 1951, siempre bajo la presidencia de Unamuno. Según sus organizadores, cuenta con la presencia de más de 500 delegados, en representación de 300 instituciones, de todas las ramas de la producción. Los congresales se apresuran a designar como presidentes honorarios del evento al Presidente de la República y a la primera dama. No es todo: poco después, van a “proclamar”, por aclamación, la candidatura del general Perón a la presidencia de la República, “comprometiendo el esfuerzo de todas las entidades y voluntades representativas que integran el Congreso para asegurar el triunfo de esa candidatura”. Se busca asegurar así, según los términos de la declaración suscripta, “la continuidad revolucionaria, en un proceso que ha sacudido hondamente la vida política, económica y social del país”.

El trabajo del Congreso –en apariencia, no demasiado intenso, ya que sólo se sesiona media jornada cada día–, se organiza a través de un conjunto de comisiones que producen una serie de “declaraciones”.²² E. Astesano, delegado de Rosario, presenta no menos de tres ponencias (sobre la cooperativas de provisión industrial, sobre la determinación de las zonas económicas del país y sobre la revisión de los valores teóricos para el estudio del desarrollo económico regional), y se registran también las intervenciones de J. Coca (sobre planificación agraria), de T. Rodríguez (sobre transporte), de Isaac Libenson y Reinaldo Frigerio (sobre la cuestión agraria), e incluso una comunicación sobre las artes plásticas, a cargo de Ernesto Galeano. Se destacará también, siempre en un plano técnico, la declaración que aconseja una acción común de los gobiernos de

Argentina, Brasil, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay para el aprovechamiento de la “energía hidromotriz”.

En un plano más político, se dirigen mensajes de apoyo a los pueblos de Irán y Egipto en su lucha contra el imperialismo inglés. En un plano nacional, se destaca el rol de las mujeres para los procesos de transformación política, económica y social, alentado sin duda por la próxima participación femenina en una elección presidencial, reforma que es objeto de una comunicación durante el Congreso. La ponencia sobre cuestiones políticas es presentada por uno de los colaboradores más estrechos de Unamuno, A. Muzzopappa, y también participan de los trabajos de la comisión respectiva Puiggrós y J. Coca.

Las deliberaciones se cerrarán con la presencia del Presidente de la República, el domingo 21 de octubre, quien asiste en compañía de Raúl A. Mendé, el ministro de Asuntos Técnicos, que se muestra muy afín a la actividad del Instituto. Luego de los discursos de los principales actores del Congreso (Unamuno, Rodríguez, Muzzopappa, Pichel, Puiggrós, y Oscar Ares en representación de los delegados del norte del país), hablará el general Perón. La alocución no contiene, en verdad, elementos que permitan identificar la importancia del Instituto en relación al proyecto peronista. Apenas una insistencia en las reformas económicas producidas, y que Perón ve ahora consolidadas institucionalmente con la nueva Constitución aprobada en 1949. Para Perón, los hombres de buena voluntad se definen por “un solo pensamiento, que es el de hacer algo por el bien de la patria, que nosotros calificamos en dos conceptos: la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación”. Expone entonces su conocida tesis de que el “gobierno de la verdadera democracia es aquel que hace lo que el pueblo quiere, y no defiende otro interés que el interés del pueblo”. Esta idea le permitirá aquí desarrollar el contenido del justicialismo como visión del mundo. Por lo pronto, más que sistemas, el justicialismo reivindica la mirada sobre la realidad para identificar los deseos del pueblo. Y es, dice, un anhelo de justicia y de libertad que ha reconocido. Pero después de 1945, con la división del mundo, cada uno de los dos bloques resultantes presenta sus propios conceptos de libertad, democracia y justicia. “Por esa razón es que pensamos que había llegado la hora, después de cuarenta años de lucha, de que buscáramos por nuestra cuenta esa libertad y esa justicia. Nos decidimos a fabricar, ‘de industria argentina’, una justicia, una libertad y una democracia que no podíamos esperar ‘made’ en ninguna parte”.

Pero la ideología justicialista no sólo se definiría por su carácter “nacional”, sino también por su dirección social: “el secreto estaba en no equivocarnos y dar la justicia y la libertad a quienes la merecían, a quienes habían carecido de ella durante toda su vida. Tenía que ser una libertad verdadera y una justicia auténtica”. Lo que extendía la calidad de ciudadano “a los más humildes”. Si, como vemos, el discurso no aporta definiciones específicas de cara a la identidad

que busca darse el Instituto, Perón lo calificaba de “benemérito”, “porque es de estas organizaciones de donde salen los actos constructivos del pueblo”. Sin abandonar el terreno de las generalidades, concluye con un llamado a difundirlas y a multiplicarlas.²³

La misma impronta política domina el accionar del Instituto cuando, pocos meses después de la reelección de Perón, sus hombres promoverán la organización de una fuerza partidaria de izquierda. El proyecto se materializará finalmente en 1953, con la creación de un nuevo partido socialista, que luego de disputarle la personería legal y los símbolos al viejo socialismo, terminará denominándose Partido Socialista *de la Revolución Nacional*. Pero antes de analizar esta ambiciosa empresa, conviene detenernos en la elaboración doctrinal que la sostiene.

En busca de una expresión política

Ésta se expresa fundamentalmente en el periódico que el Instituto comienza a publicar en agosto de 1951, con frecuencia quincenal en un primer momento. *Argentina de Hoy* es dirigido, en su calidad de “secretario de prensa”, por Adolfo J. Abello, un periodista del diario *Clarín* que había adherido al peronismo, asistido por Roberto Canda y V. de Pichel. Transformado en mensual, el periódico editará 52 números hasta su desaparición, en agosto de 1955. Entre sus colaboradores más asiduos, hallamos a los principales referentes del Instituto, como R. Puiggrós, E. Astesano, I. Libenson, E. Coca, P. J. Juliá, B. García, Inocencio Cova, Aurelio Compareid, Mario Villabrille y, por supuesto, un omnipresente J. Unamuno. También escriben en el periódico otros hombres provenientes de la izquierda, como Reinaldo A. Frigerio, antiguo militante trotskista que había hecho “entrismo” en el socialismo obrero y estaba por entonces cercano a Puiggrós, e incluso el “forjista” Jorge del Río. Lo hacen, además, escritores como Nicolás Olivari, Elías Castelnuovo, Bernardo Ezequiel Korembli, Alicia Ortiz, José Gabriel y, sobre todo, César Tiempo, o autores extranjeros, como el español Jesús de Galíndez, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias o el chileno Pablo Neruda, que publica su poema “Al fuego”. Como podemos ver, se trataba de escritores comprometidos políticamente, algunos incluso muy ligados al aparato cultural del comunismo. Pero los colaboradores más estrechos serán aquellos antiguos militantes socialistas como Alfredo López y, sobre todo, A. Muzzopappa y J. Coca, ambos, como ya vimos, muy ligados a Unamuno en un plano personal.

Las páginas de *Argentina de Hoy* nos permiten reconstruir los grandes ejes del proyecto del Instituto. De hecho, el título del periódico se inscribe en el análisis de la situación política del momento y sus proyecciones para un programa de izquierdas: “La obra de estos últimos años”, en palabras de Unamuno, “la

que retrata la Argentina de hoy, constituye un fecundo historial de proyecciones socialistas”. ¿Dónde se establecía el punto de sutura entre el socialismo y la revolución nacional que estaba llevando a cabo el general Perón, según los hombres del Instituto? Para Unamuno, “cuando se orienta, regula y se limita la dirección de la economía privada como se ha hecho en los últimos años, se avanza por el camino del socialismo”. La acción del peronismo aparece entonces como “expresión auténtica de la política de liberación nacional”, que lo llevaba a un enfrentamiento con la oligarquía y el imperialismo. En definitiva, según Unamuno, el alabado “genio realizador” de Perón “ahondó en el complejo de los intereses materiales, promoviendo la reforma de la estructura económica en un sentido y un contenido socialista”.²⁴

Con esa lógica, aparece designado, rápidamente, el principal adversario político del Instituto en su proyecto de acercar sectores de izquierda al peronismo gobernante: el socialismo – Unamuno piensa incluso que los comunistas, a la luz de ciertos apoyos al II Plan Quinquenal, juzgan “las realidades nacionales con un lente más claro y exacto” que los socialistas.²⁵ Como se sabe, el socialismo se había transformado rápidamente en el mayor adversario público del gobierno peronista y, a inicios de los años cincuenta, esta oposición llevaba a algunos de sus principales dirigentes a participar en los intentos de derrocamiento del gobierno por las armas.²⁶ Ya en uno de los primeros números de *Argentina de Hoy*, Unamuno firma un artículo con el muy explícito título de “El socialismo siempre a contramano de nuestra realidad”. El PS es denunciado allí como “el más enconado e irreflexivo adversario del peronismo”, sostenedor, desde 1943, de una posición “intransigente, negativa y estéril”, que lo lleva a ignorar el “profundo proceso social que se desarrolla en el país”. Para su crítico, el PS no duda en aliarse “con sus adversarios de clase”, como ya lo hiciera frente a Yrigoyen. La experiencia del peronismo, al contrario, es auspiciada desde las columnas del periódico como “una magnífica oportunidad para los auténticos socialistas”.

El análisis de los hombres del Instituto que habían militado en el socialismo (algunos, incluso, hasta fines de los años cuarenta) estaba plagado de resonancias de los debates internos que atravesaban al PS en esos momentos. En efecto, se subrayaba desde las páginas de *Argentina de Hoy*, como lo venían haciendo algunos dirigentes socialistas dentro del Partido –en particular Julio V. González–²⁷, “la politización de la gran masa del país y la tónica social que contagia a todas las manifestaciones de la vida social”. Y “el desarrollo del socialismo está en la comprensión de ese hecho”. Empero, a diferencia de los opositores internos a la línea ghioldista, los hombres del Instituto daban un paso más allá y sostenían que “un auténtico Partido Socialista debería estar con los trabajadores, al lado del pueblo, contra sus enemigos tradicionales. Dentro de la realidad nacional, con Perón en la medida que el peronismo se empeña en librarse de la servidumbre

imperialista”.²⁸ A través de estas ideas, y escrutando siempre con atención la vida interna partidaria, se anuncia ya el proceso que llevará a Unamuno y otros miembros del Instituto a impulsar, en 1952, la organización de un “Movimiento socialista”, en abierta oposición al PS de Nicolás Repetto. Para los hombres del Instituto, “el justicialismo ha socavado el poder económico de la oligarquía y cumple una verdadera revolución en todos los planos de la actividad nacional” y si “el socialismo abandona sus concepciones irreales y deja de soñar con la ‘democracia’ del capitalismo imperialista, tal vez lo comprenderá de una buena vez”.²⁹

B. García hacía la taxonomía del viejo PS, que había pasado a ser “luego de una gradual penetración de valores puramente intelectuales o burgueses, un grupo híbrido, que no podía identificarse ni como partido burgués, ni como partido pequeño-burgués, y mucho menos como partido de masas”. El momento de su transformación se marcaba con la muerte de Justo y la llegada a la dirección de Repetto, que “se había apartado de las inquietudes de la clase trabajadora”. Pero no era el único elemento que anotaba este antiguo militante socialista : el PS había perdido también la posibilidad de transformarse en “una fuerza de gobierno”, a pesar de las capacidades que encerraba en sus filas.³⁰

No quedaba más que promover, como lo hacía A. Muzzopappa poco después, un “Nuevo rumbo para el socialismo”. Ya en las columnas de *Argentina de Hoy* se había advertido que “ni las ideas ni el movimiento son patrimonio de los dirigentes enquistados al frente de la agrupación”. Este antiguo militante denunciaba, una vez más, “la castración” de la energía del socialismo, pero incluyendo ahora en sus diatribas al “maximalismo de circunstancias” de un González que no había abandonado las filas partidarias pese a su oposición al núcleo dirigente del PS.³¹

Luego de los infructuosos intentos promovidos por interesar a Alfredo L. Palacios –cuya personalidad era siempre distinguida en los ataques al PS– en la construcción de un proyecto socialista alternativo a la línea defendida por Américo Ghioldi, el agrio conflicto que enfrentará a Enrique Dickmann con el Comité Ejecutivo del PS tras su entrevista con el general Perón en febrero de 1952 –y que culmina, pocas semanas después, con la expulsión del histórico dirigente de las filas partidarias–, ofrece a los hombres del Instituto la esperada ocasión de organizarse políticamente. El número del 29 de febrero de *Argentina de Hoy* se abre con un título catástrofe: “Dickmann desenmascara a la Casa del Pueblo”. Y no sólo se publica integralmente la carta que el viejo Dickmann dirige a sus camaradas del CEN para protestar contra su expulsión, sino que se lo invita a organizar un gran acto en el Luna Park, proposición que no será recogida en un primer momento.³²

Tras denunciar, una vez más, que “la dirección del partido socialista” está “contra el socialismo”, toca al presidente del Instituto hacer explícitas sus intenciones: “nos preguntamos con angustia esperanzada: ¿No habrá llegado el momento histórico de promover un vasto movimiento socialista, sin limitaciones ni estancos de los variados matices del ideal?”.³³ En todo caso, era idea de Unamuno que “la revolución también debe llegar a los Partidos”. Así, en consonancia con una prédica que se venía desarrollando desde los despachos del Ministerio del Interior, se sostiene que hay que “destruir el fetichismo de sus direcciones enquistadas y absurdas”, para “colocar a los mismos en función de las ideas, intereses y sentimientos a que responden, y al servicio de la Nación y del pueblo”. En todo caso, como ya lo había sostenido Adolfo Abello, “la oposición, principalmente la de los llamados partidos de izquierda y los sinceramente democráticos, debe comprender que en el país se opera una revolución que el imperialismo está interesado en detener”.³⁴ Si un J. Coca juzga que la posición de Dickmann ha llegado tarde para regenerar al Partido Socialista, entre los hombres del Instituto prima la certeza, como lo afirma su vicepresidente, Toribio Rodríguez, en una carta que le dirige al secretario general de la agrupación, Ramón Muñiz, de que “el país necesita que el Partido Socialista sea grande y poderoso” – Rodríguez había estado afiliado al PS hasta 1950.

La actividad del Instituto, a través de los números sucesivos de *Argentina de Hoy*, gira ahora en torno a la agitación contra “los jerarcas del socialismo”, de quienes se denuncia la falta de “vibración popular” o la manera poco “obrero” en que se ganan la vida sus principales dirigentes (Pérez Leirós, Ghioldi, Bogliolo, Moreau de Justo, etc.). El acercamiento con Enrique Dickmann pasará por su hijo Emilio, que se transforma poco después en miembro del Instituto y colaborador del periódico con un artículo sobre “Valuación de los servicios públicos”.³⁵ Su participación en el banquete por el primer aniversario del periódico es denunciada desde las publicaciones oficiales del PS como la concreción de un pacto para destruir al Socialismo. Finalmente, el ingeniero Dickmann hijo integra, junto con Unamuno, la delegación del Instituto que, a principios de 1953, viaja a Santiago de Chile para acompañar la visita al país trasandino del general Perón y que culmina, el 21 de febrero, con la firma del importante tratado de integración con el presidente Ibáñez del Campo, un acto fuertemente reivindicado por los hombres del Instituto.

En agosto de 1953, cuando después de algunas vicisitudes judiciales se lanza con un acto público el Partido Socialista “Revolución Nacional”, *Argentina de Hoy* publica el discurso de Enrique Dickmann, que es definido como la “profesión de fe del socialismo en la nueva Argentina”. En su alocución, el veterano dirigente socialista no dudaba en denunciar como “nazi-fascistas perfectos” a los miembros del CEN que lo habían expulsado. Pero buscaba también situar las

coordinadas del nuevo partido, que pasaban, ante todo, por reconocer el valor positivo de la obra gubernamental del peronismo, al menos en dos aspectos. El primero de ellos se refería a las posiciones que los trabajadores habían obtenido en la última década: Dickmann veía a la clase obrera dotada de “una personalidad, una importancia, una injerencia política” nuevas, nunca antes alcanzadas en la historia argentina. El segundo elemento reivindicado por Dickmann era la política de nacionalizaciones de teléfonos y ferrocarriles como expresión de una revolución nacional necesaria, previa a la socialización que él promovía. También juzga a la Constitución de 1949, *bête noire* de Repetto, “infinitamente superior a la 1853”, en particular por su capítulo VI sobre la función social de la economía y el capital. No era todo, por cierto: también apoyaba la prédica americanista del gobierno, y en particular sus planes de integración, como el tratado que acababa de firmarse con Chile.

En la medida en que estos puntos llenaban antiguos anhelos socialistas, y sumándose al “deseo de llevar concordia a los espíritus y trabajar por el progreso del país”, Dickmann justificaba la creación de un nuevo partido socialista. En lo que hacía al “viejo” PS, al que había pertenecido por casi cincuenta años, Dickmann criticaba su trayectoria desde la Unión Democrática a la política de oposición a ultranza, que contradecía la tradicional línea socialista, aun ante gobiernos militares o fraudulentos. Propone, en cambio, ahora “un Partido Socialista de obreros del músculo y del cerebro, amplio, generoso, de amplia y libre discusión”, para así “tener el derecho de exigir al gobierno las mismas cosas que ahora no cumple en su seno”. Y terminaba reivindicando “una Argentina grande y próspera, por la lucha de un mundo de justicia, de libertad, de trabajo y de belleza”.³⁶

Sin llegar nunca a confundirse, los miembros del Instituto que eran antiguos militantes del Socialismo, empezando por su presidente, ocuparán importantes posiciones en las listas a legisladores nacionales que presenta el PSRN en las elecciones de abril de 1954. Unamuno, P. J. Juliá y S. Groisman son candidatos en la Capital Federal, mientras que A. Muzzopappa es el candidato a senador nacional por la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, de cara a los comicios, *Argentina de Hoy* parece más preocupado por hacer bien explícito el apoyo a la candidatura del contralmirante Alberto Teisaire a la vicepresidencia de la Nación que a las listas legislativas del nuevo PS, que terminarán conociendo un marcado fracaso electoral.

Los hombres del Instituto continuarán apoyando el gobierno peronista, cada vez de manera más integral, y esto se refleja en el último año de *Argentina de Hoy*, donde se multiplica la publicación de discursos de Perón y de textos de ministros del gobierno (Miguel Revestido, Antonio Cafiero) o diputados oficialistas (José C. Quevedo). Pero así como se saluda la creación de la UES como

una “conquista revolucionaria para la juventud” o se justifican las inversiones extranjeras porque existen “autodefensas” fuertes, reaparece la tonalidad socializante ante la crisis abierta que aqueja al régimen a mediados de 1955 y que terminará con el derrocamiento del general Perón. “Ni un paso atrás de todo lo que se haya construido en un sentido social y progresista”, sostiene Unamuno, que hará votos, en momentos en que el régimen anuncia a través de su líder una “pacificación” y la restauración de ciertas libertades públicas, para que “la libertad no sea la devoradora de la Revolución”.³⁷ Cuando, en julio de 1955, Perón proclama el “fin de la revolución”, Coca, sin abandonar la glosa, argumenta que se debe proseguir una “evolución”, inspirada “en los principios constitucionales, de tan vasto alcance, y circunscribirse al ámbito de la legalidad constitucional”.³⁸

Una identidad inestable

“No nos hemos entregado a un gobierno. Nos hemos vinculado a una revolución”, dirá Juan Unamuno para precisar el lugar del Instituto.³⁹ Pero aun sus propuestas más “generosas” no habían estado jamás exentas de dimensiones instrumentales en favor de la promoción del gobierno peronista. Inclusive, *Argentina de Hoy* no dudará en hacerse eco de los ataques contra el coronel Mercante, cuando éste es definitivamente expulsado de los círculos de poder en 1953, o en hacer el panegírico de los integrantes del gobierno, una actitud que se tornará más acentuada cuando se acerca el fin de la experiencia peronista. Pero el sentido que se le da a esa acción de propaganda contiene también la marca del proyecto ideológico “izquierdista” que el Instituto pretende encarnar. Por ejemplo, el apoyo a la campaña reeleccionista del presidente se hace a través de la consigna “Por Perón, como expresión auténtica de la política de liberación nacional” desde las columnas de *Argentina de Hoy* – no por casualidad el periódico había comenzado a aparecer en esos momentos.

El eje, continuamente afirmado, pasa por subrayar la lucha del gobierno peronista contra la oligarquía y el imperialismo. Y, aunque tímidamente, se halla en los análisis producidos por los hombres del Instituto una prédica que deja espacio al conflicto social, rompiendo con la idea oficial de la concordia definitivamente alcanzada.⁴⁰ La estrategia pasa menos por explicitar diferencias que por insistir en un eje discursivo que la propia evolución del gobierno de Perón estaba abandonando. Así, pese a las transformaciones que aportaba el segundo Plan Quinquenal en la política agraria, se seguía insistiendo en la necesidad de una reforma y, de manera general, el referente a la oligarquía se mantenía invariado. Incluso, la función de proposición del Instituto terminará siendo menos

importante que el apoyo brindado a las medidas gubernamentales, aun aquellas que se alejan de su ideario “izquierdista”.

Esto termina por difuminar el lugar del Instituto. Tal vez la posición social híbrida de sus hombres, ni dirigentes políticos, ni verdaderos intelectuales, explique la ausencia de una obra sistemática que reúna sus posiciones, si se exceptúan los trabajos de aquellos hombres que tuvieron un paso más efímero por sus filas, como Puiggrós o Astesano, y que en verdad serán, básicamente, posteriores a la experiencia peronista.

Pese a todo, se puede sostener que el Instituto reúne un conjunto de hombres que comparten una intuición común, “nacionalizar a la izquierda”,⁴¹ aunque esta idea terminará encontrando expresiones políticas diversas (el PSRN no absorberá, por ejemplo, a R. Puiggrós y su pequeño grupo) y sobre todo débiles. Con mayor precisión, cabría condensar el sentido político del proyecto con la fórmula que A. Ghioldi popularizara dentro del PS para denostar las posiciones de sus oponentes internos: el Instituto busca realizar la ecuación “Perón + 1”. Sin disminuir su carga polémica, la expresión parece válida para graficar las ideas de estos hombres que creen en las “buenas intenciones” sociales del general Perón o, al menos, en las potencialidades del peronismo como movimiento de masas.⁴² La obra gubernamental del peronismo representaba para esos antiguos militantes socialistas la realización del “programa mínimo” del viejo PS, al que se sumaba incluso un antiimperialismo que creían imposible de hallar en el partido de N. Repetto. Cuando Unamuno enhebraba en un mismo discurso los nombres de Juan B. Justo y Perón, hacía más que un mero intento de anexión política del socialismo. Para Coca, “la revolución nacional está firmemente apoyada por la clase trabajadora”, y ésta le “dará, tarde o temprano, su sentido propio”. En ese sentido, Coca no deja de echar mano a los viejos conceptos del socialismo parlamentario, como el de “evolución revolucionaria”, acuñado por Jean Jaurès, para dar cuenta del proceso abierto por el gobierno de Perón.⁴³

La construcción de un discurso socialista para apoyar la obra del peronismo presenta un sentido complejo, porque anuda, como vimos, varios motivos, e incluye diferentes frentes de acción. Incluso la dimensión propiamente intelectual del proyecto, tal como se revela en los artículos publicados en *Argentina de Hoy*, encierra distintos niveles de elaboración, en los que se incluye una relectura del pasado argentino. Esta dimensión, que se tornará central en la construcción de una ideología de la “Izquierda nacional”, se desarrolla aquí en dos direcciones complementarias. Por un lado, los hombres del Instituto alimentan el primer revisionismo histórico de izquierdas, en particular con la publicación de los trabajos de dos antiguos militantes del Partido Comunista que se transformarán más tarde en conspicuos promotores de un “socialismo nacional”, los ya citados Puiggrós y Astesano, cuyos artículos versan, ante todo, sobre la historia argentina

del siglo XIX. San Martín, el rol histórico del Ejército argentino, serán algunos de los objetos de esta reflexión. Cuando ambos se retiran del Instituto, esa función la cumplirá Roberto D'Atri, un joven ex militante socialista. Pero la empresa de reconstrucción histórica tocaba también al movimiento obrero argentino en el siglo XX, cuyo devenir era explorado por la pluma de J. Coca.

Por cierto, en la construcción del ideario de una izquierda nacional se asocian otras experiencias que aquellas que estaba viviendo el país, pero que se consideraban igualmente representativas de un mismo proceso de transformación. Así, las realizaciones contemporáneas del laborismo británico están muy presentes en las páginas de *Argentina de Hoy*, incluso a través de los textos de uno de los hombres que se ubican a la izquierda del primer ministro Attlee, Aneurin Bevan, conocido por sus críticas al apoyo dado a la política exterior norteamericana. También se reproducen trabajos de la izquierda francesa, como Georges Bidault o Édouard Daladier. Pero es sobre todo el espejo latinoamericano el que se busca para reflejar la empresa del Instituto: los avances de la revolución boliviana encabezada por el MNR o el programa del febrerismo paraguayo son puestos en un primer plano. Aunque el referente más próximo, en términos ideológicos, para los hombres del Instituto lo constituye la experiencia cardenista en México, no sólo con su política de nacionalizaciones, sino por el impulso dado a la reforma agraria.

Este corpus ideológico-político en constitución podía siempre ser movilizad o en dos frentes. A través de la influencia que se pretendía ejercer sobre el peronismo, no sólo como gobierno, por un lado. Por el desarrollo de un proyecto socialista autónomo, por el otro. Para Unamuno, estas dos formas iban en realidad juntas: “Hay que seguir dilatando el ritmo constructivo y progresista de la revolución nacional hasta que aparezca la fuerza que definitivamente sepa afrontar los compromisos que ella ha creado”.⁴⁴ Y aunque estima que el Partido Socialista de la Revolución Nacional debe absorber la “sociología” engendrada por el movimiento peronista, no parece pensar en un partido del proletariado en los términos de la izquierda clásica, más bien un partido laborista, de base sindical. Esta última forma de intervención se traducirá más tarde, con el ingreso de grupos radicalizados, en el PSRN primero, y con el derrocamiento del peronismo después, en la reivindicación de un “partido obrero”. Los sectores trotskistas, que se encuentran naturalmente a la izquierda del núcleo de antiguos militantes socialistas, se ilusionan con la posibilidad de organizar otra expresión política de clase obrera, que “supere” al peronismo. Para Unamuno y los otros miembros del Instituto, en cambio, esto parece más improbable y, tal vez, ni siquiera deseable – de hecho, sólo con la caída del general Perón los antiguos grupos socialistas, acaudillados por Carlos María Bravo y José Oriente Cavalieri, llamarán a la constitución de un partido obrero. Es más, aunque se reivindican

medidas específicas a favor del proletariado como clase productora (como la intervención obrera en la dirección de las empresas), o Coca sostenga que la clase obrera, para colaborar con la revolución “debe ser más y más obrera en todas sus manifestaciones”, el referente político de clase se irá perdiendo en el discurso del Instituto, que privilegia siempre el componente “nacional” de la revolución.

En todo caso, sus miembros pueden ser conscientes de cierto grado de contradicción en el seno de la experiencia peronista del poder, entre los sectores más conservadores y aquéllos que podían imaginar un horizonte más allá de la persona y la conducción del general Perón, una perspectiva que había estado presente en el efímero intento de organizar un Partido Laborista, y que había pervivido, sin mayor éxito, en los proyectos de hombres como Juan Atilio Bramuglia o el coronel Mercante. En el momento de las elecciones de 1954, Unamuno considerará incluso que los comicios tienen “una grave alternativa que resolver”, que traduce en términos de oposición entre gremialismo proletario y gremialismo oligárquico. Es el Estado, una vez más, quien aparece como el árbitro, que no debe “ablandar”, empero, el poder obrero, permitiendo la infiltración de la oligarquía “en los comandos políticos de la Nación”. En esa óptica, la revolución debe renovar su compromiso de resistir la recuperación imperialista, de afianzar la justicia social, de realizar la reforma agraria. El texto termina por una admonición precisa: “O la revolución recobra bríos para defender sus frutos, o estos serán destruidos al primer síntoma de debilidad de las fuerzas que la defienden contra los viejos partidos”.⁴⁵ Ya en sus primeros artículos, Unamuno parecía localizar la esencia de la revolución en esa “eclosión de masas” que se producía por primera vez en la historia argentina. Pero, por su carácter, las filas revolucionarias “contienen todos los sedimentos, todas las modalidades, todos los matices de la fisonomía política nacional”.⁴⁶

Sin embargo, la acción del Instituto, al menos de su omnipresente presidente, no insiste en traducir la visión de izquierda en un proyecto alternativo al peronismo; al contrario, se privilegiará la búsqueda de apoyos, al menos materiales, en las redes ministeriales del Gobierno. El Ministerio del Interior, ocupado por el antiguo militante socialista Ángel Gabriel Borlenghi, se muestra particularmente dispuesto para las operaciones políticas de desestabilización del viejo PS, que se cristalizan, como vimos, con la creación de un partido socialista alternativo para las elecciones de 1954. El titular del Ministerio de Asuntos Técnicos, el ya citado Raúl A. Mendé, en cambio, parece alentar los análisis más técnicos del Instituto.

Es siempre difícil medir el grado de eficacia que la influencia del ideario del Instituto pudo ejercer en el personal político del peronismo, pero no se puede dejar de subrayar que el ideario que expresaba el Instituto muestra un claro desfase con las grandes líneas de la política económica del segundo gobierno de Perón. En cambio, se pueden circunscribir con mayor precisión las razones que,

desde el poder, podían alentar la constitución de una eventual ala izquierda del régimen. Una en particular: debilitar, dividiéndolas, a las fuerzas de izquierda que, como el PS o el PC, se oponían al gobierno, institucionalizando, al mismo tiempo, nuevos apoyos al régimen peronista.⁴⁷

Este intento podía ser apoyado sinceramente por antiguos militantes de los viejos partidos de izquierda, que juzgaban que esas formaciones desvirtuaban las ideologías políticas de las que ellos mismos continuaban reivindicándose aún después de apoyar al gobierno peronista, la comunista para Puiggrós o Astesano, o la socialista para Coca o Unamuno. Este último, en el tercer aniversario del Instituto, sostiene que “no abdicando un ápice de nuestras concepciones revolucionarias, que forman parte de nuestro acervo ideológico, queríamos poner término a la división que asomaba en la familia argentina”. Así, en el momento de la muerte de Stalin, el Instituto aporta una *nuance* a las condolencias oficiales, afirmando que el líder soviético no fue sólo un “estadista”, sino también un “revolucionario”. Pero este intento muestra sus límites con el fracaso, no sólo electoral, del PSRN, que no logra vertebrar ningún proyecto político realmente consistente y alternativo.⁴⁸

En definitiva, el proyecto de “adoctrinar a quienes estaban afuera del peronismo” no parece haber alcanzado mayor éxito, y el proyecto de elaboración intelectual parece superar difícilmente las fronteras del Instituto. La prensa más cercana al poder –como *Democracia* y luego *La Prensa*–, se hará eco de las actividades del Instituto. Pero más allá de los rituales saludos de simpatía, no hay una valoración particular de la empresa. Los diarios nacionales, como *Clarín* y *La Nación*, se contentan con informar algunas de las actividades del Instituto. En cambio, las también escasas referencias que se encuentran en la prensa de izquierda, sobre todo en la socialista, son para denunciar el “colaboracionismo” de sus miembros, a los que se los considera financiados por el Banco Hipotecario Nacional, sobre todo a partir de 1953, cuando cobra vida el proyecto de crear un partido competidor. Previamente, el tono era más bien despectivo, e incluso burlón, presentando al Instituto como la “academia justicialista”.

Ya por entonces era difícil poder apoyar al peronismo desde la izquierda, sin tener que romper con identidades fuertemente institucionalizadas como la socialista o la comunista. Esto puede entenderse en un sentido inmediato: los partidos de izquierda, enfrascados en una oposición frontal a un régimen que no deja de perseguirlos, no pueden tolerar durablemente expresiones disidentes que promoviesen un acercamiento, o al menos cierta comprensión del peronismo. Como tampoco, desde el poder, se apoyaría una alternativa política que trascendiera la conducción del general Perón, quien por entonces controlaba todos los resortes de expresión política del movimiento. La inestabilidad de la identidad política que buscará encarnar el Instituto en esos años parece ir inclu-

so más allá de la experiencia puntual que hemos analizado: que los principales impulsores de la “izquierda nacional” (como E. Rey, R. Puiggrós, S. Hecker o aun J. A. Ramos) hayan terminado sus vidas en el peronismo pareciera indicar, en cierta medida, la imposibilidad de autonomizarse políticamente dentro del populismo, una vez que se ha aceptado su lógica. Al menos en lo que hace a la idea constitutiva de la identidad de la “vieja” izquierda de la construcción de un partido político de la clase obrera.

NOTAS

- 1 Una versión resumida del trabajo fue presentado en las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 21 de septiembre de 2007. Agradezco a Omar Acha y Hernán Camarero por sus comentarios, así como las observaciones de los evaluadores externos de *EIAL*.
Para una primera síntesis, ver S. Sigal, “Intelectuales y peronismo”, en J. C. Torre (coord.), *Los años peronistas (1943-1955)*, *Nueva Historia Argentina*, tomo VIII, Buenos Aires, Sudamericana, 2002. Valiosos elementos se encuentran ya en F. Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.
- 2 Sobre la ambigüedad de la doctrina peronista, ver M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Ariel, 1993.
- 3 Una serie de trabajos han comenzado a explorar la “segunda línea del liderazgo peronista”, entendiéndose por ello un conjunto de ministros o gobernadores que actúan de “intermediarios”, como poleas de transmisión del liderazgo del general Perón ante las masas. En la medida en que, como se ha señalado, esta segunda línea aportaba elementos doctrinales para la formación de la identidad peronista, sus lazos con los grupos propiamente intelectuales deberían ser explorados con precisión (ver R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia*, Buenos Aires, Lumière, 2006, pp. 23-90).
- 4 *Argentina de Hoy* 5, 18/10/1951. Sobre la relativa importancia de la doctrina para el general Perón, insiste T. Halperín Donghi, en particular en “El lugar del peronismo en la tradición política argentina”, en S. Amaral y M. Plotkin (coords.), *Perón, del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993.
- 5 Queda pendiente, para una reconstrucción de mayor amplitud, estudiar la “competencia” entre las distintas empresas intelectuales para captar la atención de las élites gobernantes. *Hechos e Ideas*, en todo caso, ha despertado cierto interés en la historiografía. Ver, entre otros, A. Cattaruzza “Una empresa cultural del primer peronismo: la revista *Hechos e Ideas* (1947-1955)”, *Revista Complutense de Historia de América* 19, 1993; V. Persello, “De la diversidad a la unidad: *Hechos e Ideas* (1935-1955)”, en N. Girbal-Blacha y D. Quatrocchi-Woisson (coords.), *Cuando opinar es actuar. Revistas Argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.
- 6 Una historiografía posterior de la “izquierda nacional”, que sin abandonar los acentos épicos resultaba más cuidada, no dejó de apuntar como “precursores” de este ideario a toda una serie de expresiones surgidas en el seno de los pequeños grupos trotskistas

argentinos de los años cuarenta. El inicio suele datarse en los planteos de Liborio Justo sobre la “cuestión nacional”, hacia 1940, y seguiría, sobre todo, con el análisis del peronismo propuesto por el grupo que editaba *Frente Obrero* (dirigido por Aurelio Narvaja, y en el que participaba, entre otros, Enrique Rivera) en 1945, a los que se suman, luego, las posiciones de Esteban Rey o las más famosas del grupo Octubre (que encabezaba el ya citado Ramos). Ver los trabajos, de corte ensayístico pero con cierto trabajo de fuentes, de un antiguo militante de la corriente, N. Galasso, empezando por *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires, CEAL, 1983, que ampliará en publicaciones posteriores. Sobre estas investigaciones parciales se han reconstruido luego en sede académica algunas de las vicisitudes de esta corriente, con sus consiguientes olvidos. Ver, a título de ejemplo, C. Altamirano y B. Sarlo, “Estudio preliminar”, en B. Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 47-51 (donde llama la atención que un autor tan importante para la corriente del “nacionalismo marxista” como Hernández Arregui esté ausente de la antología).

- 7 Ya desde los “célebres” artículos de Narvaja de octubre de 1945, se denunciaba a “los partidos socialista y comunista que querían utilizar las fuerzas de la clase obrera para remachar las cadenas de la explotación imperialista”. A. Narvaja, “La capitulación de los socialistas y stalinistas ante el imperialismo explica el apoyo obrero a Perón”, *Frente Obrero* (2da. época) 2, octubre 1945, ahora en A.A.V.V., *Cuarenta años de Peronismo*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, p. 30.
- 8 Para un análisis más amplio, ver C. M. Herrera, “Corrientes de izquierda en el socialismo argentino (1932-1954)”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* 2, Buenos Aires, abril 2006.
- 9 Juan Unamuno nace en Eibar, Euskadi, en 1903, pero llega al país siendo aún niño. Desde muy joven comienza a militar en las Juventudes Socialistas. También colabora en *La Vanguardia* y los otros órganos partidarios, en particular, a mediados de los años veinte, en *Acción Socialista*, que se convierte, bajo la dirección de Nicolás Repetto, en el vocero de las posiciones contrarias al ala derecha que encabezaba por entonces el diputado Antonio de Tomaso. En 1934, Unamuno es electo concejal de la Ciudad de Buenos Aires, siendo ya por entonces uno de los dirigentes más activos de la Federación de la Capital Federal. Los conflictos de ésta con el Comité Ejecutivo llevan a Unamuno y a un grupo de concejales y dirigentes capitalinos a abandonar el PS a fines de 1936, creando, con los opositores de izquierda, el Partido Socialista Obrero, del que Unamuno es designado primer secretario general. Pero los conflictos con los sectores más radicales del nuevo partido lo llevan a abandonar el PSO a fines de los años treinta. En 1945 Unamuno solicitará su reafiliación al PS, pero le es rechazada. Poco después de la llegada del peronismo al poder, Unamuno es designado directivo del Banco Hipotecario Nacional. Por entonces, en 1948, comienza a ser denunciado en la prensa socialista como uno de los inspiradores de las protestas internas del PS y el arriete del Ministerio del Interior para provocar una escisión interna. En todo caso, acompaña a los disidentes socialistas en sus encuentros con el general Perón o el ministro del Interior, Ángel Borlenghi, con quien tenía una gran cercanía ya en los tiempos de su común militancia en el PS. A partir de 1950, la actividad pública de Unamuno se concentra en la dirección del Instituto. Y en 1953 impulsa la creación de un Partido Socialista alternativo, que concurrirá a las

- elecciones parlamentarias de 1954 con el aditamento “Revolución Nacional”. Unamuno encabeza la lista de diputados de la Capital Federal, pero no logra ser electo. Derrocado el general Perón, J. Unamuno se retira de la vida pública. Pese a que, según su hijo Miguel Unamuno (entrevista, julio 2005), sentía una fascinación personal por Perón, se declarará hasta el final de sus días “socialista”. Muere en Buenos Aires en 1973.
- 10 Nacido en el seno de una familia obrera en Barcelona en 1882, Joaquín Coca se había instalado en Buenos Aires hacia 1914, después de algunas experiencias militantes en su país natal en la cercanía de grupos libertarios. Zapatero, profesión que ejercerá durante más de 20 años, se incorpora al Partido Socialista en 1917. En ese marco, organiza la agrupación de obreros gráficos socialistas. Pronto se convierte en uno de los redactores de la página gremial de *La Vanguardia*, aunque también incursiona en temas políticos en los diferentes órganos del socialismo. Electo diputado nacional en 1924, se especializa en cuestiones relativas a la organización jurídica del movimiento obrero, promoviendo, en particular, la creación de tribunales de trabajo. En el plano partidario, se transforma en uno de los mayores críticos del ala derecha del PS que orienta De Tomaso, y que terminará haciendo escisión en 1927. Su libro *El contubernio* sintetiza sus críticas al grupo y deja entrever también algunas diferencias con la organización del PS. En la década siguiente, Coca se muestra cada vez más crítico de la conducción partidaria que sucede a Juan B. Justo. Ya por entonces extiende una prédica “nacional” dentro de las filas socialistas, y se muestra incluso partidario de buscar alianzas con el radicalismo yrigoyenista. Su posición algo marginal no le impide regresar a la Cámara de Diputados en 1934, en las listas de la ciudad de Buenos Aires. Dirigente influyente de la Federación, Coca termina apoyando, a fines de 1936, al ala izquierda del socialismo y poco después confluye con ella en la fundación del PSO. Sin embargo, dos años más tarde ataca violentamente la infiltración comunista en las filas del PSO, que termina abandonando con su grupo en agosto de 1939. En esos años denuncia también la infiltración nazi en la Argentina a través de un conjunto de organizaciones y órganos de prensa. Ya sin partido, Coca se encuentra entre los primeros núcleos sindicales que apoyan el trabajo del entonces coronel Perón, y que terminan fundando el efímero Partido Laborista. Coca forma parte, incluso, de la lista de electores de la fórmula Perón-Quijano en las elecciones de 1946, y preside luego el Colegio Electoral que los proclama Presidente y Vicepresidente de la República. Con el peronismo en el poder, Coca se dedica esencialmente a una tarea publicista de apoyo al gobierno, pero sin abandonar nunca las referencias socialistas. Producido el derrocamiento del peronismo, Coca comienza a ser tomado como una referencia por los incipientes grupos de la “izquierda nacional”, que editan una versión resumida de su libro *El contubernio*. Muere en Buenos Aires en 1962. Sobre la vida de Coca, ver E. Corbière y M. Unamuno, “Joaquín Coca: peronismo y socialismo en la Argentina”, prólogo a J. Coca, *Derecho burgués y derecho obrero* (1929), Buenos Aires, CEAL, 1985.
- 11 Alfredo Muzzopappa había ingresado muy joven al PS, en el que permanecerá durante un cuarto de siglo. Era periodista y conferencista, y había colaborado en diversos órganos del PS, como *La Vanguardia* y *Acción Socialista*, o en las revistas culturales de su entorno, como *Claridad*. En los años cincuenta escribe en *La Prensa*, luego de que ésta se transformara en órgano de la CGT peronista. Se cuenta entre los integrantes del PS

- Revolución Nacional, siendo candidato por la Provincia de Buenos Aires. Morirá en un accidente ferroviario en 1955.
- 12 Puiggrós forma parte de la segunda comisión directiva del Instituto y es un activo colaborador de *Argentina de Hoy* desde su primer número. Pero sus desavenencias políticas con Unamuno, con quien lo unía una antigua relación (había sido compañero de escuela secundaria), lo llevan a abandonar el Instituto y ya no aparece en la nueva comisión que se elige en julio de 1952 (sobre la participación de Puiggrós en el Instituto, ver O. Acha, *La nación futura*, Buenos Aires, Eudeba, 2006). Astesano publicará en *Argentina de Hoy* todavía un año después de la ruptura de Puiggrós.
 - 13 Entre los otros miembros del Instituto que habían pasado por las filas del PS, algunos hasta fechas muy recientes, se pueden señalar a Saúl Groisman, Pedro J. Cristá, José Oriente Cavalieri, Antonio Buirá o Adolfo Spector.
 - 14 La publicidad en *Argentina de Hoy*, que aparece a partir de octubre de 1951, proviene de empresas públicas, como los nacionalizados Ferrocarriles o YPF, del IAPI, y luego del II Plan Quinquenal (a lo largo de sus números, sólo se han encontrado dos publicidades de origen privado). Los anuncios pasan a ocupar, a partir de 1953, dos páginas enteras sobre las ocho que contaba por entonces el periódico. Parece muy probable que el Instituto se haya beneficiado de otros fondos o facilidades materiales de parte del Ministerio del Interior, pero esta información, que M. Unamuno cree poder afirmar en julio de 2006, no ha podido ser documentada con otras fuentes. El periódico, según M. Unamuno, pagaba las colaboraciones.
 - 15 *Argentina de Hoy* 21, diciembre 1952.
 - 16 *Argentina de Hoy* 8, 22/11/1951.
 - 17 J. Coca, “La revolución y los titulados socialistas”, *Hechos e Ideas* 43, septiembre 1947, p. 40.
 - 18 Para Unamuno, el plan económico de 1952 había sido una “pausa necesaria y útil” después de la recuperación nacional y la industrialización que había operado el I Plan Quinquenal. El nuevo plan, siempre según su lectura “consolidará definitivamente la economía agropecuaria, creará y fomentará las fuentes de energía y propenderá al desarrollo de los elementos y factores para dotar a la Nación de industria pesada” (*Argentina de Hoy* 20, 1/12/1952).
 - 19 A. J. Abello, J. Unamuno, “La tercera posición argentina en la política internacional”, *Hechos e Ideas* 82, enero 1951, y luego en *Argentina de Hoy* 1, agosto 1951.
 - 20 *Argentina de Hoy* 24, 1/4/1953.
 - 21 No hay, en cambio, consignas relacionadas directamente con el movimiento obrero, aunque se saluda la destrucción, por parte de la CGT, del “prejuicio” de la prescindencia política de los sindicatos, que, como se sabe, había dominado la acción gremial del Partido Socialista.
 - 22 Las deliberaciones se habían abierto con una exposición sobre las relaciones entre México y Argentina, realizada por un periodista mexicano de paso por el país, Luis G. Olloqui, a la que había respondido Isaac Libenson, un activo miembro del Instituto que había sido un experimentado miembro del PC, con un discurso que acentuaba el paralelismo entre los gobiernos de los generales Lázaro Cárdenas y Perón.

- 23 Para la cobertura del Congreso, ver *Democracia*, 20/10/1951 al 22/10/1951; *La Nación*, 22/10/1951; *Argentina de Hoy* 4, octubre 1951.
- 24 *Argentina de Hoy* 1, 22/8/1951.
- 25 *Argentina de Hoy* 22, 1/2/1953.
- 26 Sobre la relación entre el socialismo y el peronismo, ver: C. M. Herrera, “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo, 1943-1956”, en H. Camarero y C. Herrera (coords.), *El Partido Socialista en Argentina : sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005. Ver también M. García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- 27 Cf. C. M. Herrera, “El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate González-Ghioldi”, *Taller. Revista de sociedad, cultura y política* 21, 2003.
- 28 *Argentina de Hoy* 3, 22/9/1951.
- 29 *Argentina de Hoy* 11, 29/2/1952.
- 30 *Argentina de Hoy* 24, 1/4/1953.
- 31 *Argentina de Hoy* 10, 31/1/1952.
- 32 *Argentina de Hoy* 11, 29/2/1952.
- 33 *Argentina de Hoy* 11, 29/2/1952.
- 34 *Argentina de Hoy* 10, 31/1/1952.
- 35 *Argentina de Hoy* 18, 1/10/1952.
- 36 *Argentina de Hoy* 28, agosto 1953. Para más detalle sobre el PSRN, ver Herrera, “Corrientes de izquierda ...”
- 37 *Argentina de Hoy* 51, julio 1955.
- 38 *Argentina de Hoy* 52, agosto 1955.
- 39 *Argentina de Hoy* 4, 4/10/1951.
- 40 Sobre este punto, ver Torre, “Introducción” a *Los años peronistas (1943-1955)*, p. 57.
- 41 No por nada Coca señalaba que la obra revolucionaria del peronismo había consistido en “nacionalizar la Nación”, un concepto al que le dedicará una serie de artículos en *Argentina de Hoy*.
- 42 En cambio, como hemos sostenido en otro lugar, la plástica formulación ghioldista era pura retórica polémica cuando pretendía caracterizar las ideas de Julio V. González, ya que este último se contentaba con señalar las transformaciones estructurales que el peronismo había o estaba produciendo en la sociedad argentina y, en particular, en la clase obrera.
- 43 *Argentina de Hoy*, agosto 1955.
- 44 *Argentina de Hoy*, abril 1954.
- 45 *Argentina de Hoy* 36, abril de 1954.
- 46 *Argentina de Hoy* 24, 1/4/1953.
- 47 Según Miguel Unamuno (entrevista, julio 2006), el impulso dado al Instituto buscaba evitar que la reelección del general Perón quedase deslegitimada por la ausencia de pluralismo, tanto en sus apoyos como en la oposición.
- 48 En verdad, sobre el PSRN se suelen hacer varias confusiones en la historiografía de la “izquierda nacional”, que ha servido a su vez de base a otros trabajos más recientes, poniéndose en un mismo plano diferentes momentos de su desarrollo. La primera de

ellas consiste en retrotraer su activa y cortísima vida entre septiembre de 1955 y enero de 1956, expresada en particular por la difusión masiva del periódico *Lucha Obrera*, a las vicisitudes que lo precedieron entre 1953 y el derrocamiento del general Perón. Para entonces, la presencia de los Dickmann ha desaparecido completamente, pero se mantienen aún activos en su seno antiguos socialistas como Carlos María Bravo, que aparece como el secretario general del Partido, y José Oriente Cavalieri, que es el secretario de organización. En este período se da también la unión –por cierto, provisoria– de algunos de los grupos trotskistas que se habían integrado al PSRN, como el grupo de Esteban Rey, que dirige el periódico, y el orientado por J. A. Ramos, cuyos miembros publican varios trabajos en las páginas de *Lucha Obrera*.